

GONGORA

Romance burlesco

Aunque entiendo poco griego
en mis gregüescos he hallado
ciertos versos de Museo,
ni muy duros ni muy blandos.
De dos amantes la historia
contiene, tan pobres ambos
que ella para una linterna
y él no tuvo para un barco.

Dice, pues, que Doña Hero
tuvo por padre a un hidalgo,
Alcaide que era de Sesto
mal vestido y bien barbado.
Su madre, una buena griega,
con más partos y postpartos
que una vaca, y el castillo

una casa de descalzos;
cernícalos de uñas negras
en las almenas criados,
muchos dones a un candil
y témporas todo el año.
También dice este poeta
que era hijo Don Leandro
de un escudero de Abido
pobrísimos pero honrados.
Grandes hombres, padre y hijo,
de regalarse el verano
con gigotes de pepino
y los inviernos de nabo.
La política del diente
cometían luego a un palo,
vara, y no de vagamundos,
pues no los ha desterrado.
Era, pues, el mancebito
un Narciso iluminado,
birote de amor, no pobre
de plumas y de penachos.
De su barrio y del ajeno
diligentísimo braco,
grande orinador de esquinas,
pero ventor por el cabo,
citarista, aunque nocturno
y Orfeo tan desgraciado
que nunca enfrenó las aguas,
que convocó el dulce canto,
puesto que ya de Anfión
imitando algunos pasos,
llamó a sí muchas más piedras
que tuvo el muro tebano.
Este, pues, galán un día,
no sé si a pie o a caballo,
salió (Dios en hora buena)
no muy bien acompañado.
Cualquier lector que quisiese
entrarse en el carro largo
de las obras de Boscán
se podrá ir con él de espacio;
que yo a pie quiero ver más
un toro suelto en el campo,
que un Boscán en verso suelto,
aunque sea en un andamio.
Y así, no sé dónde fueron,
ni cómo se convocaron
los devotos convecinos
del templo tan visitado.
Sé al menos que concurrieron

cuanto baña comarcanos
el sepulcro de la que iba
a las ancas de su hermano.
Esto sólo de Museo
entendí, y abreviando,
a la vela o romería
llegó en un rocín muy flaco
el noble Alcaide de Sesto,
y la Alcadesa en su asno,
(con perdón de los cofrades)
doña Hero en un cuartago;
gallarda de capotillo
y de sombrero bordado
que le prestó para ello
la mujer de un Veinticuatro.
Los demás caballeritos
en la torre se quedaron,
cuál sin pluma, y cuál sin ella,
y todos de hambre piando.
Alborotó la aula Hero,
que el muro de velo blanco
tenía dos saeteras
para dos ojos rasgados,
a quien se calaron luego
dos o tres torzuelos bravos,
como a buho tal, y entre ellos
el abideño bizarro.
Piola cual gorrión,
cacareóla cual gallo,
arrullóla cual paloma,
hizola rueda cual pavo.
Ella de el guante al descuido
desenvainando una mano,
le aseguró y le dio un bello
cristalino cintarazo.
Quedó aturdido el mozuelo,
y medio desatinado,
almibar dejó el Amor
caérsele por los labios.
Poco fue lo que le dijo,
más tan dulce, aunque tan bajo,
que hecho sacristán Cupido,
le corrió el velo al retrablo.
Dejó caer el rebozo
y descubrió un «sep̄an cuantos
esta buena cara vieren
que han de morir anegados».
Crepúsculo era el cabello
de el día entre oscuro y claro
rayos de una blanca frente,

si hay marfil con negros rayos.
De ébano quiere el Amor
que las cejas sean dos arcos,
y no de ébano bruñido,
sino recién aserrado.
Los ojazos negros dicen:
«Aunque negros, gente samo,
Condes somos de Buendía,
si no somos Condes Claros».
Los títulos me perdonen,
y el dibujo prosigamos,
que si no los tuvo Grecia,
los pidió a España prestados.
La nariz, algo aguileña,
que lo corvo vinculado
lo dejó Ciro a los griegos,
como alfanje en mayorazgo.
De rosas y de jazmines
mezcló el cielo un encarnado,
que, por darlo a sus mejillas,
se lo hurtó al Alba aquel año.
En dos labios dividido
se ríe un clavel rosado
guarda joyas de unas perlas
que envidia el mar Indiano.
Lo torneado del cuello,
y del pecho el alabastro
tentaciones son, señor,
sed libera nos a malo;
entre lo que no se vé
y lo que brujuleamos,
metió una basquiña verde
el bastón terciopelado.
Estas eran las bellezas
de aquel ídolo de mármol,
que a razones y a pellizcos
tenía ya el mozuelo blando.
Favorecióles la noche,
prestándoles tiempo, y tanto,
que se contaron sus vidas,
y sus muertes concertaron.
Señora madre, devota,
se estuvo siempre rezando,
y el señor padre, poltrón,
se salió a dormir al claustro.
Con esto dieron lugar
a que el galán diese asalto
y escalase el pecho bobo,
sin tocar nadie a rebato.
Celebrada, pues, la fiesta

por aquellos mismos pasos
(si bien con otros intentos)
que vinieron, se tornaron.
Pulgos pican al pelón,
y tiénenle tan picado,
que diera al tiempo las plumas
y su sombrerillo pardo,
para que le sincopara
el término señalado
a los gustos no cumplidos
y a los días malogrados.
Llegó al fin (que no debiera)
en un día muy nublado
y una noche muy lluviosa,
luto el uno, la otra llanto.
Apenas la oscura noche
las cintas se ató del manto,
y no del manto del lustre,
sino de soplos del Austro,
cuando el mozuelo orgulloso
hacia el mar ya alborotado
un pie con otro se fue
descalzando los zapatos.
Llegó desnudo a la orilla,
donde estuvieron un rato
las faldas de la camisa
a las ondas imitando,
haciendo con el estrecho,
que ya le parece ancho,
lo que el día de la purga
El enfermo con el vaso.
La trémula seña aguarda,
que de luz corone lo alto,
si tanta distancia puede
vencerla farol tan flaco.
Présaga al fin del suceso
turbada salió del caso,
y cobarde al fiero soplo
de el animoso contrario;
Leandro en viendo la luz,
la arena besa, y gallardo,
;«Oh de la estrella de Venus,
le dice, ilustre traslado!
Norte eres ya de un bajel
de cuatro remos por banco;
si naufragare, serás
santelmo de su naufragio.
A tus rayos me encomiendo,
y si me ayudan tus rayos,
mal podrá un brazo de mar

contrastar a mis dos brazos». Esto dijo, y repitiendo «Hero y Amor», cual villano que a la carrera ligero solicita el rojo palio ..

Arrojose el mancebito al charco de los atunes, como si fuera el estrecho poco más de medio azumbre. Ya se vá dejando atrás las pedorreras azules con que enamoró en Abido mil mozuelas agridulces. Del estrecho la mitad, pasaba con pesadumbre, los ojos en el candil, que del fin temblando luce, cuando el enemigo cielo disparó sus arcabuces, se desatacó la noche y se orinaron las nubes. Los vientos desenfrenados parecen que entonces huyen de el odre donde los tuvo el griego de los embustes. El fiero mar alterado, que ya sufrió como yunque al ejercito de Xerxes, hoy a un mozuelo no sufre. Más el animoso joven, con los ojos cuando sube, con el alma cuando baja, siempre su Norte descubre. No hay ninfa de Vesta alguna que así de su fuego cuide como la dama de Sesto cuida de guardar su lumbre. Con las almenas la ampara, porque vé lo que le cumple; con las manos la defiende y con las ropas la cubre. Pero poco le aprovecha, por más remedios que use, que el viento con su esperanza

y con la llama concluye.
Ella, entonces, derramando
dos mil perlas de ambas luces
a Venus y a Amor promete
sacrificios y perfumes.
Pero Amor, como llovía
y estaba en cueros, no acude,
ni Venus porque con Marte
está cenando unas ubres.
El amador, en perdiendo
el farol que le conduce,
menos nada y más trabaja,
más teme y menos presume.
Y tiene menos vigor,
ya más veces se zambulle,
ya ve en el agua la muerte,
ya se acaba, ya se hunde.
Apenas expiró, cuando
bien fuera de su costumbre,
cuatro palanquines vientos
a la orilla le sacuden,
al pie de la amada torre
donde Hero se consume,
no deja estrella en el cielo
que no maldiga y acuse.
Y viendo el difunto cuerpo,
la vez que se lo descubren
de los relámpagos grandes
las temerosas vislumbres,
desde la alta torre envía
el cuerpo a su amante dulce,
y la alma donde se queman
pastillas de piedra azufre.
Apenas del mar salía
el Sol a rayar las cumbres,
cuando la doncella de Hero,
temiendo el suceso, acude;
y viendo hecha pedazos
aquella flor de virtudes,
de cada ojo derrama
de lágrimas dos almudes.
Juntando los mal logrados,
con un punzón de un estuche
hizo que estas blancas letras
una blanca piedra ocupen
«Hero somos y Leandro
no menos necios que ilustres,
en amores y firmezas
al mundo ejemplos comunes.
El Amor como dos huevos,

quebrantó nuestras saludes,
él fue pasado por agua,
yo estrellada mi fin tuve.
Rogamos a nuestros padres
que no se pongan capuces;
sino, pues un fin tuvimos,
que una tierra nos sepulte».